# LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

**Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes**

NÚMERO SUELTO, CINCO CTS. -:- SUSCRIPCIÓN EN PROVINCIAS, 1,50 PTAS. TRIMESTRE

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

**En Barcelona: Kiosco EL SOL, Rambla de las Flores**
(FRENTE Á PUERTAFERRISA)



## CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

**606**

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

**Calle Santa Bárbara, 2**

**(esquina á Fuencarral, 73)**

## A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo y garganta,** les conviene fumar lo menos posible, y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del

**Doctor Laboschin**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

**Dos pesetas caja en buenas Farmacias.**

**CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN** Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

**Envíos de periódicos y libros á provincias**

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA
á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

**Manuel González**

SASTRE

EL QUE QUIERA VESTIR BIEN Y BARATO, DEBE VISITAR LA

**SASTRERIA DE MANUEL GONZÁLEZ**

**Quiñones, 5, entlo. - Madrid**

## CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo.** De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, pral.** De provincias, por carta.

**FOTOGRABADO DE A. VAZQUEZ**

**Perfección ✻ Rapidez ✻ Economía ✻ COLEGIATA, 7, MADRID**



**AÑO I.** **Madrid, 2 de Septiembre de 1911.** **NÚM. 18**




# LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

*CARAS BONITAS*

## SUMARIO


GONZALO CANTÓ
De parranda.
J. ORTEGA MUNILLA
En honor de Magdalena
CARLOS MIRANDA
Musica proibita
FRANCISCO VERA
Los mandamientos
JOSÉ JUAN CADENAS
El ojo de cristal
RAMÓN ASENSIO MÁS
Menudencias
EL CONFESONARIO
Artículos de JULIA GÁLVEZ y
RE LAMPAGUITO
J. ALCAIDE DE ZAFRA
Cantares
FELIPE TRIGO
La receta
ENRIQUE TROMPETA
Las aguas madres
FIACRO IRÁYZOZ
Cositas...
LA FUGA DE UNA COUPLETISTA
KARIKATO, CYRANO Y ALFONSO


**Caricaturas y retratos de Las Mascotas, Carmen Vals, Julia Gálvez, La Oriental, Leda, Enrique Trompeta, Relampaguito, Luis Ferçon. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.**

**5 cénts.**



**LAS MASCOTAS**

**Gentilísimas bailarinas que «nos hacen» veranear en el Retiro**




MI SERENO..

El sereno de mi calle,
que no siempre está sereno,
es más agudo que un chuzo
y más hablador que un necio.
Como me retiro tarde,
y en los brazos de Morfeo
están todos los vecinos,
llamo á Pedro, y viene Pedro,
que es el gusano de luz
que ronda mientras yo duermo.
—¿Qué hay de nuevo por el barrio?—
le pregunto, y sonriendo
me contesta: —Poca cosa.
—Poca cosa... y poco bueno.
—Eso que usted dice.
—Dime,
y esa chica del tercero,
¿aún sale todas las noches
y la acompaña ese viejo?
¡Ah, picarón! ¿Te sonríes?
Tú sabes algo. ¿No es cierto?
—Ni una jota, señorito,
no sé nada.
—Vamos, Pedro,
tú, que tienes de la tierra
las llaves, como del cielo
tu santo patrón las tiene,
¿no has de estar en el secreto
si más que en el cielo, aquí
es donde están los misterios?
—Pues... sí, señor, aún van juntos.
—¿Y es soltera?
—¡Nada de eso!
—¿Viuda?
—Tampoco.
—¿Casada?
—Casada, sí, señor.
—¡Cuerno!
—Vino sola la otra noche,
la dejó en la esquina el viejo,
le abrí la puerta, y me dijo
en tono muy bajo: «Pedro,
¿ha venido ya mi esposo?»
Yo me callé, me hice el sueco,
y me dijo: «¿Me prometes
no decir nada?»
—Prometo.
—Pues toma para que calles.
Y me dió en la boca un beso,
que es el candado más fuerte
para guardar los secretos.»
—¡Aventura más extraña!
Pero tú, según yo veo,
con casi todas retozas
y tienes tus trapicheos.
¿Qué haces siempre en la otra calle
metido?
—Matar el tiempo.
Como en verano son cortas
las noches, y yo de genio
no lo soy, pues me dedico
á la «caza»... y algo «pesco».
Hay una moza allí arriba,
que viste falda de céfiro,
medias caladas y blusa
japonesa... ¡que yo entiendo!
Ella me llama su chulo,
y yo, claro, me chuleo.
y se toma libertades,
porque yo se las consiento.
A veces me coge el chuzo,
sin darme yo cuenta de ello,
otras veces el farol,
y no me deja un momento;
pero como nadie cruza
por estos barrios extremos,
y... los extremos se tocan,
anoche, sin ir más lejos,
nos propasamos un poco:
ella se me agarró al cuello,
la cogí por la cintura,
rodó el farol por el suelo,
se me derramó el aceite,
se apagó la luz y...
—¡Pedro!—
gritó furioso un vecino.
—¡Allá voy!—dijo el sereno.
Y se fué sin referirme
el desenlace del cuento.

*Gonzalo Cantó.*



# EN HONOR DE MAGDALENA

**Correspondencia sorprendida**

*«Madrid, 1.º de Mayo de 19...*

ADORADA Magdalena: Acabo de llegar. Tu primo Carlos me ha recibido con una cortesanía generosa y hospitalaria. Es realmente, según me habías dicho, un hombre encantador. ¡Qué bromista! Su ingenio es un almanaque de chistes; su franqueza me enamora. Al ver mi enorme panza se echó á reir, y ha dicho:

—¿Cómo se habrá casado mi prima con un hombre tan gordo?

Esposa adorada, no me olvides. Da mil besos á nuestro Federico, y recibe otros tantos de tu *Roque.*»

*«Madrid, 2 de Mayo de 19...*

Esposa de mi alma: Ocurren cosas graves. Tu primo es un miserable, un bandido de guante blanco. Anoche me convidó á cenar en Fornos con otros viles caballeretes de su estofa. No sólo me obligó á pagar la cuenta, sino que á los postres, trastornado por el Champagne, con los ojos como dos carbones encendidos, los bigotes erizados y la nariz hecha fruto de remolacha, me dió dos golpes en el abdomen, y exclamó:

—Tu esposa hace bien en amarme y despreciarte.

—¿Estás loco?—le pregunté asombrado.

—Tú sí que estás tonto; no ves, ni oyes, ni entiendes. ¡Pobre Roque! Tu mujer es una joya y no te la mereces.

Las cosas caen del lado á que se inclinan; y él se cayó, hecho un saco, debajo de la mesa.

¡Miserable, vil! ¡Injuriarte así á tí! A tí, que eres un ángel... No he podido dormir en toda la noche. ¡Qué sueños más horribles! Si mi confianza en ti no fuese tan grande, dudaría en tu fidelidad; pero, no. Esta sospecha no cruza por mi mente.

Creo que debo desafiar á tu primo, matarle, beber su sangre y hacer una maleta de su piel. Lo malo es que no manejo arma alguna. Sin embargo, Dios me ayudará; y como tengo la razón, como tú eres inocente, como las palabras de tu cínico primo constituyen una infamia abominable, el triunfo será mío. Tendré una maleta prima tuya... Quiero decir, de la piel de tu primo.

Aconséjame, ángel mío.—*Roque.*»

NUESTRAS COCOTAS



¡CARMEN VALS

*«Madrid, 3 de Mayo de 19...*

He enviado mis padrinos al odiado autor de la infamia. El se ha negado á dar toda explicación. Insiste en que es tu amante... ¡Vil, indigno y mal nacido! ¡Injuriar á la esposa de Roque Conejo, que ha sido alcalde cuatro veces!

El duelo será á primera sangre, que es así como hacerse una sangría de á onza delante de padrinos. ¿No era mejor apelar al sangrador?

Hemos elegido ya sitio, el paseo de coches del Retiro. Anoche estuve en casa de un maestro de armas, y después de ponerme una careta de alambre, como la que tenemos ahí para ir al colmenar, hube de pagar media onza por dejarme pegar una paliza. El maestro de armas, me dijo:

—Ya sabe usted morir en cuarta.

—¿Qué será eso? Yo no entiendo estas costumbres. ¡Convidar á cenar á un hombre para que le insulten á uno á los postres! ¡Dar media onza por una paliza! ¿Es esto civilización, Virgen del Socorro?

Pero yo tengo fe en tu virtud. Sé que mataré á tu primo, porque la inocencia inmaculada tuya prestará resistencia á mi débil brazo. Los padrinos me han llevado al teatro, me han paseado en coche, me han convidado

á comer y á puro de dos pesetas. Lo mismo hicieron con Angel Ursúa. Yo estoy en capilla también.—*Roque.*»

TELEGRAMA

«*Bondullo, 3 Mayo, 5,5 t.—Roque.*—Desafío imposible. Da explicaciones. No turbes felicidad esposa digna, modelo. ¡Qué horror! ¡Vas á matar al padre de tu hijo!—*Magdalena.*»

✠

Roque llegó á Bondullo tres días después de estos sucesos, y dijo á sus amigos:

—No hay como una esposa prudente. Con su consejo, con una palabra, ha apartado de mi frente el rayo de la catástrofe.

Y se quedó tan contento de su primo como de su esposa.

*J. Ortega Munilla.*

# MUSICA PROHIBITA

**Los cuplés de «La Pera»**
**(Mazurca erótica)**

I

Voy á contaros una historia:
cálida historia de pasión,
timbre magnífico de gloria
que guardo siempre en la memoria,
cual un trofeo de victoria
que hace vibrar mi corazón.

—

Cuando yo hacía la carrera
de pianista, el profesor
—un solemnísimo tronera—
me enseñó el chotis de «La Pera»,
chotis que al mismo tiempo era
toda una página de amor.

II

Esa canción—que yo aprendía
con no sé qué íntimo placer—
tal emoción me producía,
que la tocaba noche y día,
y al estudiarla se me abría
lo más oculto de mi sér.

—

Con esas manos de hechicera
—me aseguraba el profesor—
tú tocarás muy bien «La Pera»;
y yo, con tal de hacer carrera,
se la tocaba toda entera
despepitándome de amor.

III

A veces él, por corregirme,
también poníase á tocar;
y en su deseo de instrüirme,
me la tocaba de lo firme,
hasta el extremo de venirme
un gran deseo de llorar.

—

Toca—decía—poco á poco,
según la estoy tocando yo;
tócala tú cual yo la toco,
y mira cómo me coloco...
coloco... loco... loco... loco...
coloco... loco... loco... lo...

*Por la «chanteuse»,*
*Carlos Miranda.*

# LOS MANDAMIENTOS

HUBO en mi pueblo un cura un poco liberal y muy jaranero á quien bautizaron con el apodo de «Don Tripitas», porque siempre tenía en la boca la frase de «toma tripita», que era una especie de ungüento amarillo por la aplicación que le daba el bueno de don Tomás Sánchez. A todo lo aplicaba y para nada servía, como el susodicho producto farmacéutico.

«Don Tripitas», hombre simpaticón que no faltaba á ningún baile donde hubiera mozas lozanas y robustas, ponía en práctica el «haz lo que yo te digo y no lo que yo hago». Como su correligionario, el cardenal francés, de cuyo nombre no me acuerdo, contestó en cierta ocasión á una dama que puso en tela de juicio la veracidad de cierto cuento escabroso que refirió en una tertulia, solía decir «Don Tripitas»: —Señora, yo no miento sino cuando estoy en el púlpito.



Porque «Don Tripitas» (*né* Tomás Sánchez) era en su vida privada todo lo contrario que en el púlpito. El, que tenía una sobrina retrechera que dió al mundo tres chicos que se le parecían mucho, predicaba, con frases fulminantes como los rayos de Jehová, el desprecio de la carne, pasajera y podrecible.

—Hay que aborrecer el tercer enemigo del alma, que es el peor de todos; hay que huir de las tentaciones de la carne, que traen funestas consecuencias; hay que despreciar la materia, perecedera y fugaz, y elevar el espíritu á las altas regiones celestiales.

No le había salido del todo mal el parrafito y él mismo se lo aplaudió con su muletilla de «toma tripita».

Era un domingo de Cuaresma cuando «Don Tripitas» pronunció estas frases lapidarias desde la cátedra sagrada. La iglesia estaba tenebrosa é imponente, con los altares cubiertos con paños negros, que le daban un aspecto tétrico y como de tumba.

Todas sus pláticas versaban siempre sobre el mismo tema. Pero si grande era su odio á la carne, mayor era aún el que tenía á la promiscuidad, y llegaba á tal extremo su manía de separar los sexos que por una de las puertas de la iglesia penetraban las mujeres que colocabánse en la parte superior del templo, y por otra puerta penetraban los hombres, para los que tenía dispuestos unos bancos en la parte inferior.

Faldas arriba y pantalones abajo, era su lema, para evitar así que los hombres se «timasen» con las mujeres, ya que éstas no habían de volver la cara, estando, como estaban, en la parte de arriba.

—Hay que acostumbrar á la Humanidad, desde la niñez, á huir de los ayuntamientos—decía tremante de cólera.

Esta frase le obligó á dar explicaciones al Alcalde que no entendía de más Ayuntamiento que el de su digna presidencia, y se creyó ofendido en su alto cargo.

—Sí; amados hermanos, hay que acostumbrar á los niños á la separación, y así pongo un especial cuidado en que los niños no entren por la puerta de las niñas.

Efectivamente, don Tomás tenía prohibido á los maestros de las escuelas públicas que entraran con sus respectivos discípulos por la misma puerta.

Los domingos de Cuaresma entraban los niños cantando los Mandamientos de la ley de Dios por la puerta destinada á los hombres, y las niñas, cantando los de la Santa Madre Iglesia, por la puerta destinada á las mujeres.

Esta santa costumbre, que tantos años duró, no existe hoy por culpa del mismo «Don Tripitas».

Un domingo fueron los niños y las niñas, como de costumbre, á oir misa, y, como de costumbre también, penetraron en la iglesia cantando los respectivos Mandamientos por las puertas correspondientes. Pero—¡oh, casualidad!—, el demonio, que debía estar desocupado y juguetón ó harto de matar moscas con el rabo, hizo que ocurriera una verdadera tragedia, que estuvo á punto de costar la vida al simpaticón de don Tomás Sánchez.

En el mismo momento en que los niños entraban cantando:

—El sexto, no...

Se oyó por la otra puerta, las voces atiplas de las niñas, que cantaban:

—A lo menos una vez, dentro del año...

*Francisco Vera.*



*(Leyendo.)*—«Entonces él, ciñendo el talle de Julia con sus brazos crispados, la besó en la boca: ella, desasiéndose bruscamente, gritó con toda su alma: «¡Cobarde, márchese usted de aquí!»...

*(Meditando.)*—¡Qué tonta!...

# EL OJO DE CRISTAL

## Un monólogo de Galipanz

TENGO que hacer á ustedes una confesión... Yo, señores, tengo un ojo de cristal... Hago esta declaración, porque si yo no lo dijera, ustedes no lo conocerían, de seguro... No lo conocerían, no... De tal modo está bien limitado mi ojo de cristal, que las personas que no lo saben, creen que el ojo de vidrio es el natural, y que el natural es de vidrio... Tanto se parecen los dos, sobre todo el verdadero.

Pero, en fin, es el caso que yo me decidí á adquirir un ojo de cristal para hacer ver que tengo dos... Que tengo dos ojos, pues ya habrán ustedes comprendido que un servidor... es tuerto...

Ahora bien: desde que uso el ojo de cristal, me suceden cosas muy extrañas y que á veces suelen tener consecuencias desagradables... Así, por ejemplo, cuando tengo que cobrar alguna cantidad, siempre creo que me pagan sólo la mitad... ¡Claro! Como no veo más que con un ojo... Por eso he adoptado una resolución, y cuando he de hacer algún pago, doy la mitad del dinero que me exigen, pues supongo que el que cobra tiene dos ojos, y con la doble vista ve la cantidad dos veces...

Sin embargo, el que no se consuela es porque no quiere. Yo, con un ojo nada más, veo poco; pero, en cambio, mi señora ve menos claro que yo todavía... Y es que ella tiene cinco... ¡Cinco ojos!... Los dos de la cara, los de los lentes, y un ojo de gallo en el dedo gordo del pie derecho...



NUESTRA AMIGA LEDA

Todas las noches, cuando al acostarme me quito el ojo de cristal, mi señora le coge, le limpia y le coloca en un vaso de agua para que esté perfectamente desinfectado... La otra noche, sin embargo, se equivocó y hechó el ojo en el vaso de agua mineral purgante que tengo costumbre de tomar por la mañana... Yo que veo poco—ya lo he dicho—al despertar cogí el purgante y me lo sorbí de un trago... Fué un trago amargo, porque con el purgante me sorbí también el ojo de cristal...

Pero no me preocupé...—Un ojo, aunque sea de cristal—me dije—siempre ve claro... El hará su camino y á la salida me reconocerá seguramente...—Y esperé... Como un viajero desocupado; el ojo de cristal hizo su viaje de circunvalación, mientras yo, en la estación de llegada, esperaba impaciente... El viaje terminado, todo el mundo desciende... Yo espero en vano... *El* no aparece... Busco, inquiero inútilmente... *"Todos bajan... menos él..."*—No importa—pensé.—Vendrá en algún otro convoy... Habrá tomado quizá un tren botijo y se estará recreando en la contemplación del paisaje...—Y algo más tranquilo esperé la llegada de un tren, y de otro... Pero el ojo de cristal no se daba á la luz nunca, y un día, por fin me decidí y fuí en busca de un oculista...

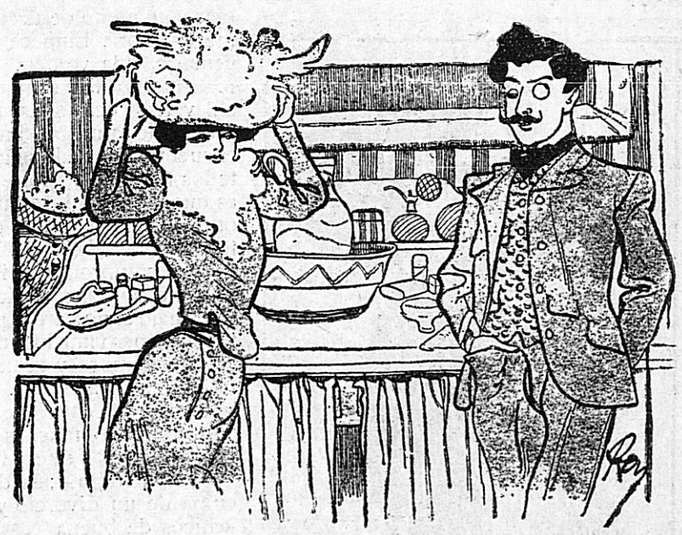
¡Qué momento, santo Dios!... El oculista, después de contemplarme con sentimiento, me pregunta asombrado:—¿Es usted cíclope?—No señor—le contesto.—Soy de Sabadell... Y desearía que tuviera usted la bondad de sacarme ese ojo de cristal del lugar donde se halla detenido para colocarle en el sitio donde debe estar...

Nuevo reconocimiento por parte del oculista, nuevas dudas, nuevas vacilaciones, hasta que me dice:—No tiene usted razón, señor, para hacer eso... Deje usted el ojo donde está, que eso es hasta acostumbrarse... Además, le advierto á usted que así como está le da á usted un aire muy inteligente... El ojo, por su parte, parece también hallarse muy á gusto entre sus nuevos párpados... Píntele usted unas ojeras que le harán interesante, póngale un *monóculo*, y ¡quedará el vivo retrato de mister Chamberlain!

*José Juan Cadenas.*



## LA «ARTISTA» Y SU «NOVIO»



*El.*—¿Volverás temprano esta noche?

*Ella.*—¡Y yo qué sé! Eso depende del apetito del marqués. Procuraré no cenar con él, y en cuanto vuelva nos bajaremos al restaurant.

## MENUDENCIAS

Alarma más que un toque de rebato
el lazo coquetón de tu zapato.

Siempre el mismo saludo: *Adiós, querido.*
¿Qué se habrá figurado doña Olvido?

✣

Me tiene en sus redes preso,
y no quiere, á pesar de eso,
darme ni un beso Pilar.
¿Es que tendrá miedo al beso
ó á lo que pueda tronar?

✣

Me han dicho que eres orgullosa y fría...
¡pruébame lo contrario, Rosalía!

✣

Naciste en Gracia, Gracia te pusieron,
por graciosa en el mundo te admiraron
y gracias á tu gracia te quisieron
aquellos que tus gracias celebraron.

¿Hay quien tenga la audacia
de decir que esto tiene poca gracia?

*Ramón Asensio Más*



# Al confesonario

## JULIA GÁLVEZ

AMORES míos!... ¡Cosas de mi vida!... ¡Ay, amigos! Claro está que yo he tenido mis amorcitos; ¡pues no faltaba más! Pero han sido tan vulgarcitos, que no recuerdo haber puesto en ellos nada de interés. A poco de salir yo de la compañía de la admiradísima Loreto Prado y el gran Chicote, hace tres años, «cuando yo tenía quince», estuve así así en eso de enamorarme ó no. ¡Tenía un bigote negro y unos ojos y un modo de decir las cosas!... Pero no, no me enamoré. Empecé á pesar inconvenientes y ventajas, y la verdad, me encontré con que el matrimonio tenía muchas contras. Más tarde, en varias ocasiones, tuve algunos otros tropiezos de la misma índole. ¡Pero, Dios mío, si encuentra una cada señor por esos mundos!... De todos modos, siempre procedí «rectamente». Y es que, la verdad, soy un poquito calculadora y otro poco formal. Y lo que yo me digo: «Bueno, te enamoras. Ya estás. Te casas ó no te casas, pero te comprometes. Pues ahora ó dejas de ser artista ó pones en ridículo á tu «hombre». Porque, malo si no parece por el escenario en que tú trabajes; pero muchísimo peor, si no te deja ni á sol ni á sombra y hasta te ayuda á cambiar de trajes al salir á escena. Nada, Julita, sé formal, que eso no te conviene». Y así pensando, he dicho «que no» muchas veces, y aquí donde me ven ustedes con este palmito tan... tan... tan «así» —yo no lo digo—;así de esta manera, he sido la culpa de un divorcio y de que se pierdan dos «chicos de buena casa», suicidándose el uno y largándose á América el otro. Total: que por ahora no me enamoro de ninguna manera. Y digo por ahora, porque para más adelante tengo mis proyectos. Primero, trabajar cinco años. En este tiempo estoy segura de ahorrar algunas pesetillas. Y cuando ya las tenga en mi portamonedas ó en el Banco, ¡ah, entonces!... Entonces, lo primero que haré será buscar un palomito «que lo valga», que me quiera y que sepa tocar la guitarra; enamorarme de él y vivir con él, casada ó junta nada más, esto me es igual. Y ya «casada», establecerme; es decir, poner una tienda en que se vendan jabones, polvos, peines, etc.; una perfumería... Les parecerá á ustedes esto un poquitín raro; pues, hijos, es verdad... Yo tengo un espíritu muy laborioso y no podré estar ociosa nunca. Y, ¡oh, cuando yo sea perfumista! Mi marido será el administrador de mis bienes y llevará el negocio; yo despacharé, y cuando de tiempo en tiempo los dos tengamos un ratito, mi marido saldrá por tientos... en la guitarra y yo le acompañaré. ¡Lo que nos vamos á divertir, Dios mío!



JULIA GÁLVEZ

*Julia Gálvez.*



# RELAMPAGUITO

LA más saliente de mis aventuras tuvo su origen en Méjico, y acabó aquí. Fué allá, una tarde de toros, de mucha alegría y mucho sol. Yo, ¡valga la verdad, estuve muy bien en la corrida. Cuando terminó me fuí á mi casa, y, luego de lavarme y cambiar de traje, marché con unos amigos á un café.

Allí estábamos charla que te charla de toros, de teatros, de mujeres y de lo humano y lo divino, cuando se me acercó un «botones» y me entregó una carta, chiquita y perfumada.

Yo, confundido como una colegiala, no me atreví á abrirla. La guardé en uno de los bolsillos de mi americana y esperé á que mis amigos se fueran.

¡Pero, cualquier día! Cuando yo, viendo que ellos no se iban, me dispuse á marcharme, ellos se opusieron. El uno me cogió por un brazo; el otro, me insultó, ¡qué sé yo!...

El caso es que tuve que resignarme y aplazar la lectura de la misiva hasta la mañana siguiente en que me quedé solo.

Pero nunca lo hubiera hecho. Cuando al fin pude abrir la carta, me encontré con que una señora, casada y admiradora mía, según me decía, me citaba en su casa á las doce de la noche anterior. Si alguna vez me he arrepentido de mis actos, fué entonces. ¡Tonto de mí! Yo por ahí aburriéndome con los amigos, y una mujer, que yo imaginaba así y «asao», aguardándome en su propio lecho...

No era aquella, ni mucho menos, la primera aventura sufrida; pero, ¡qué sé yo!, me había llegado á lo hondo y me preocupaba. Yo tenía interés en... complacer á aquella dama.

Irla á ver me parecía absurdo; escribirla lo consideraba una insensatez. ¿Pues qué hago, Dios? Por más que daba vueltas á mi cabeza, no se me ocurría nada. Al cabo me decidí. Me iría á su calle, me situaría frente á su casa y esperaría. Pero, ¡si no la conocía!

«Me dirá el corazón quién es» — pensé. — Y dicho y hecho: me coloqué frente á su casa, y en cuanto vi salir de ella á una mujer que me gustó, me fuí «á su vera».

Era una rubia, alta, bien hecha, con ojos muy grandotes y unos pechos y una cintura que excitaban á cualquier cosa.

Me arrimé á ella y empecé á hablarla muy seriecito. La chica, al pronto, se extrañó; luego, poco á poco, fué entrando, y minutos más tarde «éramos dos» y se venía conmigo á cenar...

Estuvimos viéndonos varios días, todos los que yo permanecí en Méjico.

Cuando la anuncié mi partida para Madrid, se echó á llorar y me dijo muy triste y muy convencida de lo que decía, que me quería acompañar.

Entonces el «parao» fuí yo. «Qué hacer, ¡Dios mío!», me dije como en las novelas.

Joven, independiente y con algunas pesetillas, no era cosa de dudar. Me la traería.

Seis días después embarcaba en el *Reina Cristina* la cuadrilla de Relampaguito, Relampaguito y la señora de Relampaguito.

Durante la travesía lo pasamos estupendamente. Les juro á ustedes que en aquellos días yo me convencí de que se estaba muy



JULIO GÓMEZ

bien casado, é hice propósito formal de buscar novia en serio y enlazarme apenas llegase á Madrid.

Cuando después de algunos días llegamos por fin á la Villa del Oso y el Madroño, mi mejicana y yo, nos instalamos y nos dispusimos á gozar de la vida.

Estuvimos varios días que ni más ni menos; pero una mañana, al levantarnos, «ella» se me puso triste y me dijo que me iba á abandonar porque quería vivir... por su cuenta.

Yo, claro, no me opuse; pero hablamos y hablamos y ¿saben ustedes lo que descubrí? Pues que «ella» no era la que me había escrito en Méjico aquella noche, que yo la había confundido, y ella, que era una cocota como cualquiera, se había venido conmigo porque quería conocer Madrid y establecerse aquí. En el Lyon d'Or la pueden ustedes ver todas las noches...

*Julio Gómez*
*RELAMPAGUITO*

## CANTARES

¿Quieres ajustar la cuenta
de los besos que te he dado?
Pues para que en paz quedemos,
¡tendrás que vivir besando!

—

Tengo un tesoro de amor
y no sé dónde esconderlo;
¡son tan villanas las almas!
¡son tan traidores los pechos!

—

No me jures, no me jures
que vas á quererme siempre;
pues como ya te conozco...
¡me pesa que te condenes!

—

En los infiernos de amor
son los demonios los celos,
las tinieblas son las dudas,
y las brasas, los deseos.

—

Me dijo al irse, en la fuente:
—«Soy tuya aunque no me veas»,
y la fuente murmuraba:
«No la creas, no la creas...»

*J. Alcaide de Zafra.*



# LA RECETA

CONCLUIDA la consulta, pude entrar en el despacho, donde mi buen amigo el doctor se ponía el abrigo y el sombrero. Pero el criado entreabrió la puerta.

—¿Más enfermos? ¡Estoy harto! Que vuelvan mañana.

Trae esta tarjeta—contestó el criado entregándola.

Y debía ser decisiva, porque Leandro la tiró sobre la mesa, volvió á quitarse el gabán y gritó mal humorado:

—Que pasen.

Dirigiéndose á mí, que me disponía á dejarle solo, añadió:

—No; espera ahí tras la mampara. Concluiré á escape.

La mampara ocultaba un amplio sillón de reconocimiento. Me senté y saqué un periódico, temiendo que el concienzudo médico alargara la visita, á pesar de su promesa.

Eran señoras.

Con ellas inundó el despacho un fuerte olor á heliotropo que se sobrepuso al del ácido fénico. Sus voces bien timbradas me distraían, y no pudiendo leer, escuché.

Se habían sentado.

—Doctor, mi hija está cada día más delgada, sin saber por qué. Come poco, duerme mal y va quedándose blanca como la cera. Se cansa, se cansa esta niña que era antes infatigable. Reconózcala bien, y dígame con claridad lo que padece. Estoy dispuesta á seguir un plan con el rigor necesario...

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años—replicó tímida la joven.

Y, francamente, al oirla yo, me entró un vivo deseo de mirarla, á fin de comprobar si delante de los médicos, en cuestión de edades, no mienten las mujeres... Enfilé un resquicio entre dos hojas del *paravent*... ¡Oh, qué deliciosa criatura! ¡Qué hermoso pelo de ébano bajo el sombrerito de paja! Alta y esbeltísima; muy pálida, con los dientes como perlas entre los labios purpúreos, pintados sin duda. Si mentía, merecía disculpa en gracia á su hechicero aspecto; y por mi parte diré que mi curiosidad, en cierto modo psicológica, quedó borrada por mi admiración en cierto modo artística. La contemplé buen rato, sin parar mientes en el interrogatorio, á que contestaba la madre casi siempre...

Pero comprendí de improviso que no debía seguir mirando. La encantadora chiquilla se desnudaba... Su mamá habíala quitado el sombrero y la pelerina, ayudándola á descorchetar el corpiño de seda, tirándole de las mangas después, en tanto que el feliz doctor—¡felices los doctores que pueden ver estas cosas!—distraíase discretamente preparando el estetoscopio! Resolví quedarme... ¿Tenía yo la culpa?

—Cuando guste—avisó la madre.

Al quitársele de delante, vi á la joven en corsé, un pequeño y coquetón corsé de raso de color de cobre, desajustado como la cintura de la falda, al aire los brazos y desabrochado en el hombro izquierdo el canesú de encajes. Una garganta ideal, un escote divino... La seductora enferma, ruborosa y con una mano extendida sobre el pecho, no conseguía así más que revelar la exuberancia de los senos hundiendo entre ellos la finísima tela blanca. ¡Delgada decían! Aunque sí: era una de estas mujeres pasionales, delgadas, con delgadez flexible hecha para el amor, de brazos finos y seguramente de muslos más gruesos que la cintura.

El médico se acercó y empezó á auscultarla con atenta indiferencia, oprimiendo de un modo que me parecía brutal en la carne de nieve el negro caucho del aparato, escuchando en todas partes, mientras que la joven entornaba los ojos y entreabría la boca respirando con creciente adorable angustia. Contestaba rápida las breves preguntas del doctor, y éste, interesado de pronto por algo anómalo que quería percibir mejor en la punta del corazón, separó la camisa para volver á aplicar el estetoscopio...

Por encima surgía redondo y desnudo un bellísimo seno de estatua...

Ella cerraba los ojos, caída al espaldar la cabeza, en languidez que á mí, profano, siendo de enferma, se me antojaba de amante... El cerraba los ojos también, atento siempre, inmutable..., si bien hubiese yo jurado que hubo momento en que le ví sonreir con maliciosa piedad.

—¿Es aquí donde más sufre?

—Sí—gimió, sintiendo que el joven doctor le posaba en el corazón la mano.

Y alzó á él los ojos con fijeza de suplicio, casi estrávicos.

—Puede usted vestirse.

Inmediatamente fué á tomar notas en su diario de consulta, hasta que la señora concluyó de ayudar á su hija.

Tornó entonces á sentarse cerca.

—Van ustedes á dispensar que me informe de algunos detalles.

—Un médico es un confesor, caballero — apuntó la dama, completamente ganada por la actividad beatífica de Leandro.

—¿Tiene novio?

—Sí. ¡Cosas de muchachos! Ha tenido novio... se vistió de largo muy joven, á los quince años... y lo tiene ahora, según creo; pero esto no la preocupa, que yo sepa, cuando menos... ¿Verdad, Purita? ¿Te da disgustos Marcial?

— No, mamá, ninguno; tú lo sabes.

—¿Por qué, pues, se desvela? ¿Tiene usted algún deseo no realizado? Hay en sus ensueños alguna idea fija? ¿Qué suele soñar?

— ¡Oh, nada! Tonterías... Mamá dice que es por la debilidad.



## NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

La cariñosa madre intervino nuevamente.

—Se acuesta tarde. Noches, de dejar á las amigas á las tres, después de bailar como una loca. Yo creo que la desvela el mismo cansancio, porque no hay otro motivo, y en casa no se la da el disgusto más leve. Es un delirio por el baile, la chiquilla.

—¿Y quiere mucho al novio?

Aquí sonrió Purita, por única respuesta.

—¿Son antiguas las relaciones?

—Tres años.



—Ahora dime si hay quién, por cinco céntimos, te dé una raja tan encarnada y con la pipa tan negra...

—¿No quiere usted casarse? ¿Por qué no se casan?

—¡Bah, no, doctor!—saltó la madre. ¡No piense usted que le apena eso! Mi hija es una chiquilla completa, que no se separará de sus padres por nadie del mundo, y prefiere su casa y su piano y su espejo á todo, Y, además, hay tiempo. Su novio es un trasto, como ella; un chico de veinticuatro años que tardará cuatro ó seis años en llegar á capitán siquiera. Sería locura pensarlo. ¡Oh, no, oh, de ningún modo!

—Sin embargo, puede que su hija, por respeto...

—¡Oh, no, no!—interrumpía testaruda la madre.

—Sobre esto, doctor, quede tranquilo. Nada influye en la enfermedad que, por el contrario, sería ahora un obstáculo más para la boda. Mi hija, y su novio igualmente, están demasiado hechos á las comodidades de sus casas para tomar otra que no podría ser, hoy por hoy, un palacio con treinta y siete duros al mes...

Por segunda vez advertí en mi amigo una sonrisa, más francamente amarga al alejarse de las damas.

Entregó luego una receta, diciendo displicente:

—Se trata de un procedimiento funcional de puro desequilibrio nervioso. Anemia... Quince gotas de este elixir á cada comida, ejercicio, aire libre... pero nada de campo ni aislamiento para esta señorita: sería peor... y... á su edad no hay inconveniente en casarla, señora.

Todavía tres docenas de palabras entre cumplidos, seguridades acerca de que la enferma tenía sano el corazón y el pecho, y concluyó la consulta.

Salieron las señoras.

Yo salí alborotadamente en cuanto se cerró la puerta:

En seguida dije al médico:

—¡Bendita carrera, que te permite contemplar tan hermosas obras!

Mi amigo me miró.

Y, contra lo que esperaba, contestó indignado el médico:

—¡No! ¡Maldita carrera, que me obliga á contemplar tales miserias! ¡Esa divina criatura morirá tísica antes que su novio asciendа!... Yo he podido decirle á la madre: «Imbécil, tu hija no tiene falta de vida, sino que le sobra, que le abrasa, que le ahoga una y mil veces desde los quince años, agitándola enloquecida de ansias de amar al volver del baile á su lecho solitario de odiosa virgen, contemplando su hermosura inútil..., mientras que el novio que la enciende va á concluir la noche encima de una querida.» Y ya lo ves, hierro, gotas de hierro, y cobrar dos duros; porque si yo diese la verdadera receta á las madres para estas pobres vírgenes... y mártires, ya hace tiempo que pasaría por un loco sinvergüenza y no vendría nadie á mi consulta. ¡Oh, qué fosa es la vida!

*Felipe Trigo*



# LA FUGA DE UNA COUPLETISTA

Nos ha indignado un poquitín este suceso. Nos ha indignado, porque ha sido un portugués, y un portugués monárquico y contrarrevolucionario el que se la ha llevado...

D. Luis Ferçon, el raptor ó «novio acompañante» de María Fernández, «La



«ELLA»

Oriental», es un «terrible», portugués emigrado, que si no mata españoles, porque «no hay caso», seduce en cambio á las españolas.

Le conocemos mucho. En la provincia de Badajoz, hace unos meses, fué sorprendido en plena juerga por la Policía, y por orden del gobernador de la provincia aquella, encueros, ó un poco menos, él, algunos compatriotas suyos y varias damas, que les acompañaban, fueron llevados á la capital.

Aquí en Madrid, apelando á su cartera, muy repletita, trató también de darse algún postín.

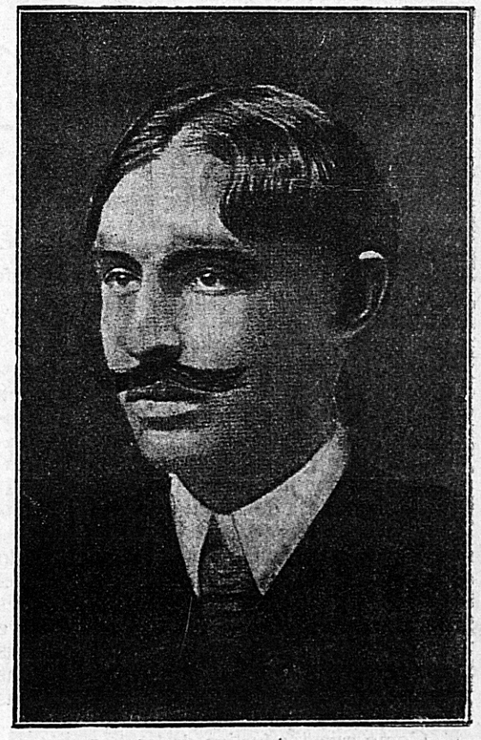
¡Pero miren ustedes!... El hombre fué á dar precisamente con la «novia» de un amigo nuestro que tiene muy mal vino, y se cayó.

Ella le tomó el pelo; él, una noche de «tramontana turbulenta», le afeitó...

En cuanto al acto de «La Oriental», nosotros le censuramos ni más ni menos que su hermana Mercedes. ¡Bueno fuera! Pues no parece si no que no hay españoles «que lo valgan». ¡Hasta en Villagarcía!

Y aconsejamos á la familia que no se apene tanto por lo que María pueda perde corriendo en el 606, número del automóvil del Sr. Ferçon.

No será tanto...



«EL»

# LAS AGUAS MADRES

ERAN las seis de la tarde. Los rayos del sol, deslizándose suavemente por el frondoso parque, daban tonalidades polícromas al balneario de Medina del Campo. Correteaban los niños en las sendas umbrías, atemorizando con sus gorjeos á las golondrinas piadoras, y en las perezosas sillas de paja charlaban en familiares corros, comentando la última moda, el novísimo suceso de Madrid y la reciente aventura amorosa de la mundana X, las mamás jóvenes, las pollitas maliciosas y algunos varones más sesudos que elegantes... Por las avenidas afluyentes del parque arrastraban su aburrimiento y su tedio bañistas de diversas clases, categorías y edades, y en los pinares circundantes, abastecedores grandiosos de salud y domeñadores de la tuberculosis aguda, serpenteaban figurillas juguetonas, blancas como las azucenas de los campos vecinos é inocentes como las mansas cabritas que abastecen de leche á los estómagos delicados y á los viejos prematuros, laborantes minuciosos y retratados de todos los balnearios.




ENRIQUE TROMPETA

Redactor-Jefe de EL LIBERAL

*... y algo más también.*

La paz, la santa paz, guardadora inseparable de la salud en ese magnífico balneario de Medina del Campo, en que el aire, la luz, el agua y el campo constituyen su tesoro de vida, predominaba majestuosamente, como diosa tutelar de los neurasténicos que huyen de las ciudades bulliciosas, en busca de la tranquilidad del espíritu...

Muy cerca de un pozo artesiano, situado en una pintoresca explanada circular del parque, en donde las florecillas silvestres juguetean, agitadas por el vientecillo suave de las horas crepusculares, con las hierbas aromáticas, la bella F. aprisionaba en sus manos finas un libro... Era un tomo de las *Rimas*, de Bécquer.

Como cazador furtivo de las horas de ensueño, vigilaba á pocos pasos de la explanada circular las actitudes y los gestos de aquella soberana hermosura, un bañista, cuya edad ocultaban cuidadosamente las apariencias de un agradable y simpático aspecto.

El vigilante se consumía en dulce éxtasis amoroso... Y el motivo era subyugante.

Alta y esbelta, de formas impecables, aunque del pecado provocadoras, es F. la más hermosa y espléndida mujer con que la Naturaleza ha podido exornar aquel bello paraíso del balneario.

¡Sabrosa manzana, en un momento de arrebato místico!

Bien se explica que con mujer tan aplastante, haya tantos Adanes en este pícaro mundo que reconstituyen su organismo en los balnearios, sobre todo si éstos tienen aguas madres.

Ojos azules claros, de los cuales brota una sencillez encantadora; boca pequeña, depositaria de sonrisas excitantes; piel fina de color mate, surcada por picaduras saludables; morbideces sabrosas... Esa es F., la mujer de soberana hermosura.

Acercóse á ella su vigilante, y le habló de esta guisa:

—Muy buenas tardes, dulcísima tirana. ¿Cómo tan solitaria?

—La soledad—contestó la bella, fijando sus ojos abrumadores en su interlocutor—tiene á veces grandes encantos. ¡Ya ve usted! Con estas *Rimas*, de Bécquer, estoy contenta.

—Son muy hermosas, en verdad...; pero de un pesimismo mortificante. En compensación de esa tristeza poética, le ofrezco á usted *El primo Basilio*, de Queiroz, ó *Madame Bovary*, de Flaubert.

—Me gustaría leerlas...

Charlaron, charlaron amablemente, hasta que se despidieron, acentuando sus palabras con tierna intimidad.

—Hasta mañana, á las cinco.

—A las cinco, en los pinares; pero no me mire usted á los ojos, porque «se me va» la cabeza...



Por los pinares se filtraba la luz pálida del alba; un silencio dominante, turbado solamente por el rumor de los pinos, acrecentaba la majestad del lugar.

Protegidos por la soledad, aisladora del mundo y de sus pompas, vanidades y convencionalismos, se confundían en un coloquio íntimo de frases entrecortadas y suspiros suaves, los únicos bañistas madrugadores, que vagaban abstraídos por los pinares, y como si los pinos se sintiesen dominados por los efluvios del Amor, cesó el rumor matutino de los árboles, y en el espacio repercutió el eco de un beso prolongadísimo...

.....

Irradiaba el día, fulgurante y espléndido, en el momento en que la bellísima F. entraba en el despacho del director del balneario, don José Morales, expresión típica de la bondad y la ciencia hermanadas.

—Doctor, mi querido doctor: prescríbame usted muchos, muchísimos baños. Necesito estar aquí el mayor número de días posible. ¡Qué bellos son esos pinares!

Y el doctor Morales extendió la papeleta de prescripción por «toda la temporada».

La recogió la bella «enferma» y la guardó cuidadosamente entre las hojas de un libro que á la sazón llevaba.

Era el libro, *El primo Basilio*.

*Enrique Trompeta.*

Medina del Campo, Agosto 1911.

## COSITAS...

—Salió ayer de la corte
un tren *exprés* de la estación del Norte,
y aseguran testigos presenciales
que chocó en la estación de Valdefría...
—¡Qué horror! ¡Virgen María!
¿Y habrá habido desgracias personales?
—¡No tal! No he concluído. Le decía
que *chocó* en la estación de Valdefría
que llevase mojados los cristales,
porque allí no llovía.

*Fiacro Iráyzoz*

## CÓMO LEEN LAS MUJERES



LA HOJA DE PARRA

En la poesía de Miguel de Castro, «De la tierra brava», publicada en el número anterior, se pasaron dos erratas de consideración, que el autor tiene interés en rectificar, aunque ya lo habrá hecho el buen juicio del lector.

Donde decía «A encender luces de amor en la cabeza», debió decir: «A encender luces de amor en la cabaña.»

Y donde se leía: «Me picaron en el pecho con sus pies de ágata», debió escribirse: «Me picaron en el pecho con sus róseos picos de ágata.»

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid.